

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscriptiones.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 Id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración: Isaac Peral, número 24, bajo

Condicionales.—El pago será adelantado y en adelante por las libras de facti como—Correspondencia en París, Mr. La rrette, 14, rue Rougemont; Mr. Ithon F. Jones, 31, Faubour Moartra.—New York, Mr. George B. Pike, 21, Park Bow.—Berlín, Rudolf Mosse, Invaliden Strasse 49 y 49.

Saludo á la Bandera

¡Salve, bandera de mi patria, salve,
y en alto siempre desafía al viento,
tal como en triunfo, por la tierra toda
te llevarán indómitos guerreros.

Tú eres, España, en las desdichas grande,
y en tí palpita con latido eterno
el aliento inmortal de los soldados
que á tu sombra adorándote murieron.

Cubres el templo en que mi madre reza,
las chozas de los miseros labriegos,
las cunas donde duermen mis hermanos,
la tierra en que descansan mis abuelos.

Por eso eres sagrada. En torno tuyo
á través del espacio y de los tiempos,
el eco de las glorias españolas
vibra y retumba con marcial estuendo.

¡Salve, bandera de mi patria, salve,
y en alto siempre desafía al viento,
manchada con el polvo de las tumbas,
teñida con la sangre de los muertos!

Sinesio Delgado.

Palabras de un inmortal

Yo quiero ser español; yo quiero
hablar el idioma de Cervantes;
quiero recitar los versos de Calde-
rón; quiero teñir mi fantasía en los
máticos que llevaban disueltos en
sus paletas Murillo y Velázquez;
quiero considerar como mis pergam-
inos de nobleza nacional la histo-
ria de Viriato y el Cid; quiero lle-
var en el escudo de mi Patria las
naves de los catalanes que conquis-
taron á Oriente, y las naves de los
andaluces que descubrieron el Oc-
cidente; quiero ver de toda esta tie-
rra, que aún me parece estrecha, si,
de toda esta tierra tendida entre los
riscos de los montes Pirineos y las
olas del gaditano mar; de toda esta
tierra unida, santificada por las lá-
grimas que le costará á mi madre
mi existencia; de toda esta tierra,
redimida, rescatada del extranjero y
de sus codicias, por el heroísmo de
nuestros inmortales abuelos...

Emilio Castelar

N. S. M. el Rey D. Alfonso XIII

Brille, Señor, sobre tu excelsa frente,
el astro de la Paz, nunca empañado,
y la inmortal Iberia del pasado
en Tí su gloria y su poder aumente.

Que justo, liberal, bravo y prudente,
legislador te aclamen y soldado,
y agradezca y bendiga tu reino,
con hondo amor la venidera gente.

Que florezcan, llamándote su amigo,
Ciencias, Artes é Industrias por doquiera
que la Cristiana Fé reine contigo;
que el sueño cumplas de Isabel pri-
mera

y que Dios dé á los orbes por castigo
el que no los cobije tu Bandera...

Jose Martinez Ortega-Morejón.

Habló D. Antonio Maura

LA PATRIA

Para la criatura en quien alienta
el destello divino que se llama alma,
para esa, la frontera nunca es
signo topográfico que se pasa indife-
rente; es afirmación y negación
compleja, clara, categórica; mucho
más categórica que la representada
en el umbral de la propia vivienda
porque es tránsito de lo propio á lo
extraño; allí se siente solo acompa-
ñado el yo.

La Patria La Patria no consiste
en la comunidad de la generación
que un día puebla un mismo terri-
torio; nosotros, todos juntos, cuan-
do estamos obligados por la bandeda

española, no somos la Patria espa-
ñola, como no es el río el agua
que un instante pasa por su cauce.
No; la Patria se integra con todo el
firmamento de la esperanza. Por
esto la Patria es inmortal; por esto
en el sentimiento de la Patria se
mitiga en ansia de inmortalidad, de
perpetuidad y de grandeza: nostal-
gia del alma humana, desterrada de
otras regiones; por eso el sentimien-
to de la Patria, todo lo ensalza y lo
dignifica; por eso, notado bien, no
hay sentimiento humano que ob-
tenga homenajes como los que ha
recogido, en el curso de la Historia,
el amor patrio. Evocad los recuer-
dos: mirad la vida: por cada hom-
bre que ha sacrificado la suya á la
propia familia, más de mil han he-
cho el holocausto de su sangre por
su Patria.

El concepto de la Patria no se
distingue del de la abnegación.
¿Quién piensa en la Patria, sino mi-
diendo, ó para no medir, el sacrifi-
cio que la puede prestar? Los bien-
es, la vida misma, precarios y fugaces
mientras los tenemos, participan
de la generosa grandeza y la perpe-
tuidad cuando los sacrificamos á
la Patria. ¿Para qué se re-
cuerda la Patria, sino para ser-
vir? Patriotismo, ¿no es equiva-
lente de abnegación y sacrificio?
¡Si en el uso corriente empleamos
estas voces como sinónimas! Es el
sentimiento más espiritual, el más
noble, el más alto entre los senti-
mientos humanos! Notado: la His-
toria, la posteridad escribe con le-
tras de oro, glorifican hechos que
no aventajan por el brio, por el es-
fuerzo, por el despliegue de perso-
nalidad, por el mérito, como actos
individuales, á otros muchos actos
individuales del salvaje, del nave-
gante, acaso del bandido: á la per-
sona no le darían más realce. ¿Por-
qué los unos se perpetúan, se dig-
nifican, se glorifican, y los otros se
olvidan, se vituperan, y acaso se
castigan? Porque el soldado, el ca-
pitán, el gobernante, á la Patria
sirven, más que de la acción la ex-
celsitud dimana del altar en que se
deposita la ofrenda; porque la Pa-
tria todo lo ennoblece, porque de
ella toma grandeza cuanto por ella
se renuncia ó se consume.

A. Maura.

Palabras de Dato

En ninguna colectividad de
hombres como en la gran colec-
tividad que se llama Ejército, la
bandera alcanza tal grado de

emocionante é intenso amor. Es
ella la que mueve el entusiasmo,
la que hace despreciar la muer-
te, la que contiene por un má-
gico prestigio la desbandada, la
que constituye el punto de mira
de todos los combatientes, la
que conduce á la victoria, la que
consuela y fortifica al herido, la
que cubre como glorioso suda-
rio el cuerpo del héroe que por
su honor murió bendiciéndola.
La bandera es la más alta y la
más noble encarnación del hon-
or nacional.

E. Dato.

(Presidente del Consejo de Ministros).

Palabras del Marqués de Estella

A mi pluma siempre torpe y ya
agotada y temblorosa, pocos temas
pueden volverla á la actividad; pero
al de la Jura de la bandera, sobre el
que se me invita á escribir, no pue-
de sustraerse quien ha presenciado
acto tan conmovedor durante sesenta
y ocho años y cada vez ha re-
frendado y ratificado en pechos
su propósito de dedicar la vida al
servicio de la Patria y del Rey.

Consuela mi vejez de la pena de
otras lacerias y decadencias, obser-
va que el acto que ustedes hoy
contemplan y divulgan, se reviste
cada día de mayor solemnidad, y
el símbolo «Bandera», representa-
ción del amor patriótico, obtiene
mayor consideración en el pueblo
que así demuestra comprender lo que
significa y representa.

Doy á este verdadera importan-
cia porque creo que el día que el
concepto del patriotismo sea enten-
dido por todos, se estará próximo á
que todos lo sirvan en la guerra y
en la paz, que si en la primera se
exige el esfuerzo más agudo, en la
segunda se precisa el más constante
y tenaz y acaso se evita la guerra,
ó en ella se triunfa por la labor pa-
triótica de la paz; que hoy como
siempre es el espíritu de los pueblos
el primer factor de la victoria.

Fernando Primo de Rivera

(Capitán general del Ejército, Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina.)

La Bandera

Enhiesta flota la bandera hispana.
Y, en cada onda gentil que el viento crea
lleva un mundo prendido ó una idea...
Igoria á la invicta enseña castellana!

Jesús Carrillo.

19-3-915.

Un día, en Zeluán...

Retornan los soldados...
Van llegando, poco á poco, y un tu-
multo de gentes aguarda en la estación.
Por las calles de la ciudad avanza la
muchedumbre...

En medio de cada grupo resalta el
verdoso uniforme de los cazadores...
Y hay alborozo en los semblantes, y
sana, legítima alegría en los corazones...
El soldado que vuelve no es el hijo, ni
el hermano, ni el deudo, ni el amigo de
unos pocos... El soldado que vuelve es
un símbolo, el de la Patria.

Por eso, su regreso es causa de gene-
ral regocijo. Con él torna España que
luchara, allá, en los desolados campos
del Riff, para reverdecir gloriosos, pre-
téritos laureles...

Por el árido camino, que entre barbe-
chos serpentea, dirige sus pasos el sol-
dado en derecha al pueblocito donde
vió la luz primera, dos de arrigaron to-
dos sus amores y hallaron cifra sus es-
peranzas todas.

Ha doblado un repecho y se detiene
breves instantes para tomar aliento en

una aspiración prolongada, que hinche
sus pulmones con el sano y querido aire
natal...

Allá, en un repliegue de la abrupta
sierra, vése un lugarejo miserable, de
casucas amontonadas...

El corazón del soldado se ensancha, se
dilata, como si en él no cupiera la emo-
ción intensa y un nudo, que en la gar-
ganta le ahogó casi, se ha deshecho, se
ha dilatado en lágrimas, que resbalan
por aquel rostro broncíneo, tostado por
el cruel sol africano y curtido por los
vientos del desierto...

Y sigue andando luego, sin darse casi
cuenta de lo que hace, sin mirar nada,
sin ver nada, ni reparar en nada... hasta
que despierta y vuelve en sí, en los bra-
zos amantes que le estrechan y a las vo-
ces de alegría, que son gritos del alma
que emudece en los momentos solem-
nes de la vida...

Es una de esas cocinas patriarcales,
que evocan cariñosos recuerdos de es-
cenas familiares.

Cobijados bajo la ancha campana de
la ennegrecida chimenea; sentadas en
las amplias «caderas», sobre bando fe-
ludo de piel de oveja; mientras los pu-
cheros y cacerolas, encima de las tré-
pides, y la caldera enorme, del llar pendien-
te, platican amigos, en el monótono len-
guaje de los hervidos líquidos; y los
secos leños arden constantemente, mien-
tras la alegre fogata llamas esplendorosa;
crentan las hojas de boj y las ama-
rillas lenguas de fuego se alargan traba-
josas, como queriendo besar a las es-
trellas... varias personas, al amor de la lum-
bre, escuchan b quabiertas y admira-
rán, el pintoresco relato del soldado,
que, con verbo arrojado y ademanes
enérgicos, describe una acción sangrien-
ta, que tiene por teatro los ásperos bre-
ñales africanos, y por cronista, un pre-
sencial testigo, que tomó parte activa en
el suceso...

La conversación, animadísima y sal-
pimentada de rústicas agudezas de cam-
pesino ingenio, versaba sobre cien tri-
quiñuelas y habillas de lugar, cuando
el recién venido, dando el porrón al ve-
cino, sacándose los labios con el dorso
de la mano y haciendo chasquear la hú-
meda lengua, dice la frase sacramental...
Un día, en Zeluán...

Como por ensalmo, apáganse todas
las conversaciones, tosen, en dos hem-
pos, algunos de los presentes, y aprés-
tanse todos a escuchar...

En medio del más religioso silencio,
comienza el narrador... Un día, en Ze-
luán...

Hasta el perro, que junto a la lumbre
dormitaba, entreabre los ojos y parece
atender...

Sobre la cabeza del soldado abatiendo
su vuelo, pójase el genio de la tradi-
ción...

En aquella labriega cocina montañesa,
se hace patria. Allí, los héroes anóni-
mos que no mentan los libros, se con-
gragan y reciben un culto sincero de admira-
ción, de entusiasmo, de orgullo sano y
legítimo.

El narrador, con sencillez hémérica y
tosco lenguaje, cuenta los hechos y deja
reflejar sus impresiones. Los que le es-
cuchan, con é comentados, viven la
vida intensa de una página triste de la
patria historia que, con caracteres inde-
lebles, deja el amor grabado en su co-
razón y su memoria...

Vestido con los ropajes de la fantasía
popular, pasará, de boca en boca, el
sencillo relato. Será transmitido de pa-
dres á hijos... Y al correr de los tiempos,
cuando los viejos de ahora ya estén
muertos y los niños de hoy sean ancia-
nos... en la vieja cocina montañesa, al
amor de la lumbre, una cascada voz, voz
de los tiempos, verbo de la tradición,
dirá en el solemne silencio religioso...

Un día, en Zeluán...

Manuel Banzo Echenique.

(D' sde el stífelzar).

Jura de bandera

Quintos del año corriente
que con cara placentera
á jurar vais la bandera
teniendo á Cristo presentes

Bueno es haceros saber,
ó recordaros mejor,
que vuestro entrañable amor
de hoy más la patria ha de ser.

Sumisión, fidelidad,
entusiasmo, bizarría,
desprendimiento, hidalguía,
nobleza, sinceridad...

Es ese vuestro juramento
á la bandera española
que, con orgullo, tremola
en esta hacia el firmamento;

Punto que irradia la luz
del rojo disco solar,
léz que ilumina el Altar
de la redentora cruz.

Ante esa cruz, con fervor,
por vuestro honor jurareis;
¡nunca tal voto olvidéis
que en ello va vuestro honor!

Y al honor, humanamente,
nada hay comparable, que él
para el hombre es el laurel
mejor que ciñe su frente.

¡Sus á la lucha! Soldados
arrogantes y noveles;
sed á vuestra patria fieles;
sed por ella denodados.

No os olvidéis, ¡Dios lo quiera!
del juramento que haceis
y así siempre adorareis
como madre á la bandera.

Julio Hernández

Crónica Por la Patria y por el Ejército

Fué en una hermosa ciudad de
nuestra costa levantina. A la hora
en que el sol agonizaba, me enca-
minaba hacia la orilla del mar, con
el ansia de respirar á plenos pul-
mones y desahogar tristes remem-
branzas en el sugestivo ambiente de
la playa.

Al llegar á una de las principales
calles, el genio detiene mis pasos,
lejano ruido de co metas y tambora
se oye entre el bullir de la multitud
que, agitada á impulso de misterioso
recorte, se manifiesta estruendosa,
con la afección del alma reflejada en
los semblantes, á la vista del regi-
miento.

Los vitores y los aplausos, las vi-
brantes y valientes notas de la mú-
sica y la sonisa de aquellos valie-
res, envueltos por una lluvia de fle-
res, producen á su paso un ambien-
te que electriza y conmueve y hace
latir al corazón milares de corazones,
por el amor grande que alienta
el alma española.

Aquellas caras tostadas por el sol
de Africa, aquellos uniformes que
ocultaban cicatrices, desfilaban con
mayor majestad que todas las rea-
lezas juntas y con más alegría que
juntas todas las primaverales auro-
ras.

Los que murieron peleando á la
sombra de sus banderas; las viudas
y los huérfanos de la guerra y las
madres que perdieron su alegría,
no evocaban en aquel momento tri-
tezas que embriaran la hermosura y
la grandeza que informaba el cuer-
do. No había allí despertar de do-
lores; había sólo entusiasmo, que
arrancaban lágrimas, si; pero, no
de amargura; eran lágrimas, que
hacía brotar el amor santo á un san-
to ideal de vida y esperanza, capaz
de hacer una España feliz y poder-
osa, tan respuesta en todos los con-
tinentes y en los mares todos.

Seguido de comandos á la lami-
ción, el regimiento á su
cuartel; la multitud se desparramó,
y yo seguí mi camino hacia la ori-
lla del mar, en busca del risueño am-
biente de la playa.

Los niños en la plaza jugaban á
la guerra; los bríos de la raza se
desataron en los diminutos soldados,
y se atacaban de veras con sus sa-
copetas y sables de hojalata. Con
interés miré á los pequeños gue-
rreros, y deslizando la mirada por
la rizada superficie del mar, atrave-
só mi espíritu el brumoso horizon-
te, y creyó ver á nuestros guere-
ros grandes, reproduciendo con
valor y sangre invidiables escenas.

Mi vista retrocedió; los niños se-
guían en su lucha, y sus patrióticos
vitores atronaban el espacio. ¡Que
algarabía! Y es el caso que, inme-
siblemente, me conquistó aquel es-
pectáculo.

¿Por qué la gente se alegra al des-
filar de los soldados y los niños les
imantan y siguen en su acompañada
marcha? ¿Por qué las mujeres pre-
fieren, casi siempre, al hombre mili-
tar? ¿Por qué numerosos jóvenes
abandonan la tranquilidad y ventu-
ras de sus hogares y voluntarios
marchan á los campos de batalla?
¿Por qué al primer cañazo los
pueblos se exaltan de bélico entu-
siasmo y tienen ante la opinión más
expendores los nombres de Prim y
Fernández Silvestre, que tor de Ca-
jal y Benavente.

Se admira á los militares, por la
guerra, y el irresistible atractivo
que ella ofrece, es porque detarmin-
tan tan grandes bienes, que los gran-
diques males que consigo lleva, se
obscurecen ante los resultados, abri-
llantados, en verdad, por el heroís-
mo, pero en toda ocasión, conduc-
tores de progreso y libertad; siem-
pre que estas causas se determinen,
no hay misión como la guerra; ni
que más honre al pueblo que la rea-
liza.

Partidarios somos de que todos
los esfuerzos se encaminen á per-
petuar la paz, la bendita paz; pero
ofendamos nuestro aplauso á quien
laboran por el engrandecimien-
to de nuestro Ejército, para que
pueda responder cumplidamente,
cuando el instante nacional fie á las
armas, su dignidad ó su defensa.
Esforzarse por interesar á la opi-
nión en favor de esta institución, es
labor eminentemente patriótica, es
obra santa, es de lo más razonable
que puede inspirar el amor á Es-
paña.

Pensemos en la Patria y en sus
soldados que hoy pueden abrir ve-
neros de vida y de risueñas espe-
ranzas; y con este elevado pensa-
miento, que nos hará sentir hondo,
contrarrestemos esa labor suicida de
los pacifistas ocasionales, estruendo-
samente fracasados, que no triunfa-
rán jamás entre nosotros, por no
avenirse á los bríos de nuestra raza ni
á los intereses nacionales.

Antonio Puig Campillo.

Solidaridad

La solemne jura de la bande-
ra, cuando ya está en práctica
el servicio general obligatorio,
reviste al acto de mayor tras-
cendencia social que estricta-
mente militar. Sus consecuen-
cias deben ser las de verdadera
fraternidad entre los soldados de
distintas procedencias y me-
diante ella, una mayor cultura y
una mayor disciplina social. To-
do ó casi todo estriba en que
los de más alta procedencia
quieran comprender su misión y
practicarla.

Esperemos que así ha de su-
ceder y confiemos en los frutos
que con ello ha de recoger la
Patria, asociando entre tanto
nuestros más íntimos votos á los
que entraña aquel juramento.

Gabino Bugallí